

La catedral de Toledo vale por sí sola tanto como una gran ciudad monumental. En su construcción han intervenido legiones de artistas desde el siglo XIII al XVII, pero en realidad su gran arquitecto ha sido la religión misma engrandecida al contrastarla día por día durante siglos con la agarena, inspiradora de descubrimientos y conquistas; de anhelos sublimes, primero, de sangrientas y universales luchas, después. Con la firmeza inmovible de sus pétreos dogmas y las filigranadas bellezas espirituales de sus mártires, ascetas, místicos y santos.

Es vasta como un mundo, es prolija, detallada, gentilísima en la fauna y flora que la puebla. No habrá templo que conserve tan puro el sello de un ideal, porque la corrupción de las artes comenzó cuando Toledo quedaba á un lado de los caminos de la historia, y la misteriosa ciudad ha llegado á nuestros

días casi intacta como reliquia bendita que se sepulta para librarla de profanaciones. Sólo en la catedral de Toledo se siente en toda su terrible grandeza el catolicismo español.

Pues bien, tantos monumentos se hallan embellecidos con un número enorme de pórticos, galerías, columnatas, arcosonados, balustradas, torres, chapiteles, estatuas, pináculos, imágenes, verjas, sepulcros, altares, cuadros, urnas, vasos sagrados y ornamentos, telas, bordados, muebles, libros, joyas, tapices, que sólo su contemplación es una enseñanza, ¡qué no sería su estudio!

Y tristísimo contraste; en tal ciudad, que debía ser como gran academia donde fueran á perfeccionarse nuestros industriales, existe un edificio de nueva planta, con amplias aulas, con rica biblioteca artístico-industrial, con selecto museo de reproducciones, que se llama

Escuela de Artes y Oficios, pero sin profesores ni alumnos, cerrado.

Y es que mientras del Estado lo esperemos todo, nada tendremos. Que se necesita, si hemos de ser algo, que renazca la vida municipal y provincial, porque, ¿quién mejor que Toledo, por ejemplo, podría procurar en armonía con sus intereses, que tantas riquezas artísticas produzcan la utilidad de que son capaces?

La fábrica de armas del Estado y unas pobres industrias artísticas similares, son el único recuerdo de lo que Toledo fué. La academia de infantería, lo único que comunica alguna savia al viejo pueblo.

Mucho se ha hecho, sin embargo, en Toledo durante los últimos treinta años. A su condición de ciudad hospitalaria por excelencia, reúne hoy las ventajas de toda clase de servicios públicos á la moderna, y multitud de hospeda-

jes, fondas y un gran hotel como el primero, donde hacer grata la estancia de los artistas y viajeros que en gran número la visitan.

Marzo de 1895.

LA ESCULTURA RELIGIOSA

EN ESPAÑA

LA ESCULTURA RELIGIOSA EN ESPAÑA

Las grandes obras de arte son objeto del orgullo más legítimo para los pueblos cultos, porque además del purísimo placer que su

contemplación proporciona, constituyen la manifestación más sublime de nuestra esencia divina; son hijas de la paz y arrancan á las almas de las bajas pasiones refrescando y vigorizando en ellas los sentimientos que unen á la humanidad por encima de las mezquindades de la vida corriente.

España dejó de estimar su escultura religiosa, porque habiendo perdido la religiosidad que supo inspirarla, careció en absoluto de la ilustración que hubiera mantenido siquiera el culto santo de la belleza. A pesar de tanto como se ha destruido, aún nos queda una enorme riqueza artística, aunque estéril, gracias á nuestro desdichado sistema de enseñanza. Las imágenes sublimes que guardan nuestros templos son veneradas por las personas religiosas, más que por su belleza artística, por lo que representan; pero lo multitud, agena á la piedad que en otros tiempos hacia á esas obras

objeto de la estimación de todos, desconoce hasta su mérito artístico.

¿Habrà quién dude que el reconocimiento y el goce de ese mérito por todos, sería provechoso á la religión misma; á aquella religión que dió al alma española un temple que pasma hoy á propios y extraños? De todas maneras tenemos el deber de procurar redimirnos de la bárbara ignorancia en que estamos de las cosas que más nos honran ante la humanidad y una de ellas es nuestra escultura religiosa.

*
* *

No obstante el extraordinario número de nuestros templos, no tuvimos parte en la crea-

ción de los estilos á que la mayoría deben su existencia; los recibimos de Oriente, de Italia, y del Norte, pero los adoptamos rápidamente, modificándolos según nuestro carácter, como una ley del tiempo, para cuyo desarrollo nos tenían preparados una fé y un idealismo todos los días acrecentados en la guerra santa de la reconquista.

Las influencias de fuera constituyen la urdimbre de nuestra historia artística desde los oscuros principios de la Edad Media hasta el siglo XVI. Los artistas del Norte realizaron con el estilo gótico el fin que el arte cristiano persiguió al través de los estilos bizantino, latino y románico; consiguieron la arquitectura cristiana, ojalá ó gótica, que se enseñoreó al cabo de nuestro suelo reconquistado, hasta que el paganismo, nunca extinguido en Italia, reveló de nuevo al mundo la belleza humana, aborrecida por los austeros septentrionales,

que conservaron incólume el santo horror primitivo hacia cuanto pudiera distraer al alma de las tristezas de su tránsito por este valle de lágrimas.

Construidas estaban nuestras catedrales, iglesias, abadías y conventos góticos; pobladas tan bellísimas creaciones de estatuas y pinturas tétricas, cuando la confianza en la posesión del suelo nacional y el porvenir abierto á nuestra raza por el sapientísimo y afortunado gobierno de los Reyes Católicos, permitió á los españoles tomar parte más eficaz en las artes. Entonces estudió Berruguete (1480-1561) el arte en Roma llegando á ser compañero y colaborador de los grandes artistas del Renacimiento. Su fabuloso éxito al volver á España determina una franca inclinación de los artistas españoles del centro que más encariñados se hallaban con el gótico hacia el Renacimiento italiano. Como la arquitectura madre, se

trasformaron rápidamente la pintura y escultura sus hijas.

La arquitectura mudéjar exclusivamente española no ejerció influencia en la escultura ni en la pintura, pues había heredado de la árabe una absoluta esterilidad para cuando no fueran decoraciones á lo oriental.

En el litoral, la influencia italiana no faltó nunca y menos cuando la misma Alemania la tuvo que sufrir en sus más insignes artistas. Sevilla se entregó al Renacimiento con la fuerza de juventud y con el genio que hicieron de ella en el siglo XVI la capital intelectual de España: siguiente Granada y Córdoba, que con la gran Toledo, refugio del Greco, digno rival de Ticioano y precursor de Velázquez, eran en el Mediodía y en el centro como la dilatación del espíritu castellano viejo. Valencia y Barcelona con su matiz regional. Valladolid, donde el gran Berruguete había dado rudas batallas con-

tra el gótico, preparaba en la escuela práctica de sus construcciones monumentales el advenimiento del gran escultor Gregorio Hernández, y Salamanca, Santiago, Segovia, Burgos, León, todas las ciudades de la Península, se apresuraban á erigir templos, panteones, verjas, retablos y palacios, entregando sus mejores obras á los artistas del Renacimiento, nacionales ya en su gran mayoría.

Cuando el arte italiano triunfó sobre el gótico dejando todas sus enseñanzas en la Península, comenzaron los albores de la gran escuela naturalista española. Roelas y Herrera el Viejo la revelaron en Sevilla y desde entonces tuvimos nuestra originalidad.

Olvidaron los artistas españoles la tristeza y rigidez sistemáticas de los góticos, olvidaron ó se desentendieron del sensualismo italiano, tomaron al hombre de la realidad y sin disminuciones ni ampulósidades, se dispusieron

á realizar el arte religioso más digno de la divinidad que ha existido.

Tal era la España artística á mediados del siglo XVI. Triunfantes la patria y la religión después de la más larga y cruentísima lucha, revelado por nuestro esfuerzo el mundo desconocido, vencedora en todas partes la bandera castellana, poderosa la voz de nuestros filósofos, florecientes nuestras universidades, aparecieron los genios que en la literatura y en el arte habían de ofrecer al mundo los frutos de la religión del espíritu, con un ímpetu cien veces secular, acumulado en la sangre más ardiente, con la apasionada y vehemente ternura, con el candor y sencillez primitivos que jamás faltan en corazones españoles.

Legiones de hombres educados en la austeridad y de exaltación sublime poseídos, á cuyo frente iban San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, el padre Estella,

Zarate, Santa Teresa, dan la medida del ímpetu y la ternura de nuestros artistas, cuyas creaciones se fraguaron en la cálida atmósfera, de luz divina inundada, de sus escritos; válvulas por donde escapaba el torbellino de pasiones sublimes que tenía en estremecimiento continuo el alma nacional.

Quedáronse nuestros artistas con la austeridad gótica, porque esa austeridad constituye el fondo de nuestro carácter, y se adiestraron con los italianos en el estudio de la belleza humana, con cuyos esplendores engalanaron á las hechuras de su imaginación, haciéndolas más capaces de representar altos misterios y afectos infinitos de amor á Dios. Pero aquí no se incurrió jamás en el endiosamiento de la belleza física que excita el sensualismo. En virtud de un superior é instintivo discernimiento, la belleza plástica se ve siempre en nuestra escultura religiosa como depurada en

su misma levadura carnal por el poderoso espíritu triunfante.

Gaspar Becerra (1520-1570) nació en Baeza y estudió en Roma. Como el cordobés Pablo de Céspedes, acabó de extender por España el gusto italiano. Entre la multitud de sus obras se nota en muchas, y sobre todo en su prodigiosa imagen de Nuestra Señora de la Soledad, la sencillez de nuestro naturalismo, que es la característica de los escultores siguientes que ya aprendieron en España.

El insigne escultor gallego Gregorio Hernández (1566-1636) suavizó la violencia italiana con tal decoro y naturalidad de afectos que acreditó definitivamente el naturalismo en Valladolid y toda Castilla. Sus obras innumerables, muchas de las cuales llevan todavía cierto carácter arcaico, se encuentran en Valladolid, Madrid, Plasencia, Vitoria, Santiago, Vergara, Ponferrada, Trujillo, Zamora, Avila, Sa-

lamanca, Tudela, Aniago, Nava del Rey, Medina del Campo, Cebrián de Campos y Sahagún.

Martínez Montañés, contemporáneo del suegro de Velázquez, llevó á tan encantadora sencillez la expresión de sus estatuas, que son prodigios de amor y timbres de gloria de Andalucía y de España.

Pero el escultor religioso por excelencia es el granadino Alonso Cano (1601-1667), discípulo de Montañés. Purísima belleza, claridad asombrosa, sabiduría, pensamiento é inspiración vehemente son los caracteres de sus obras, expresión la más grandiosa y acabada de nuestros sentimientos religiosos.

Después de él Pedro Roldán (1624-1700) siguió las tradiciones sevillanas, dando á sus imágenes una dulzura verdaderamente murillesca, que su hija la insigne escultora doña Luisa, llamada *La Roldana*, llevó en las vir-

genes y nacimientos á increíbles extremos de perfección.

Estos son los primeros entre la legión de escultores religiosos con que contamos durante los siglos XVI y XVII. Sus estátuas, con ser prodigios de arte, constituyen los monumentos más populares que han existido en España, porque son encarnación de la piedad popular, varonil y tempestuosa en Alonso Cano; humana, serena y persuasiva en Martínez Montañés; austera en Gregorio Hernández; blanda, suave y dulce como una caricia maternal en Roldán y su hija.

En el siglo XVIII aparece Salcillo en Murcia, naturalista como todos nuestros grandes escultores religiosos, pero en sus imágenes se echa ya de menos el aliento divino de las antiguas.

Nuestro caudal artístico permanecerá desconocido hasta que no exista un ministro de

Bellas Artes, ó por lo menos una dirección de este ramo en Fomento, como pedía D. Carlos Groizard, y esto urge tanto como nuestro renacimiento artístico industrial, que será su consecuencia.

Abril de 1895.